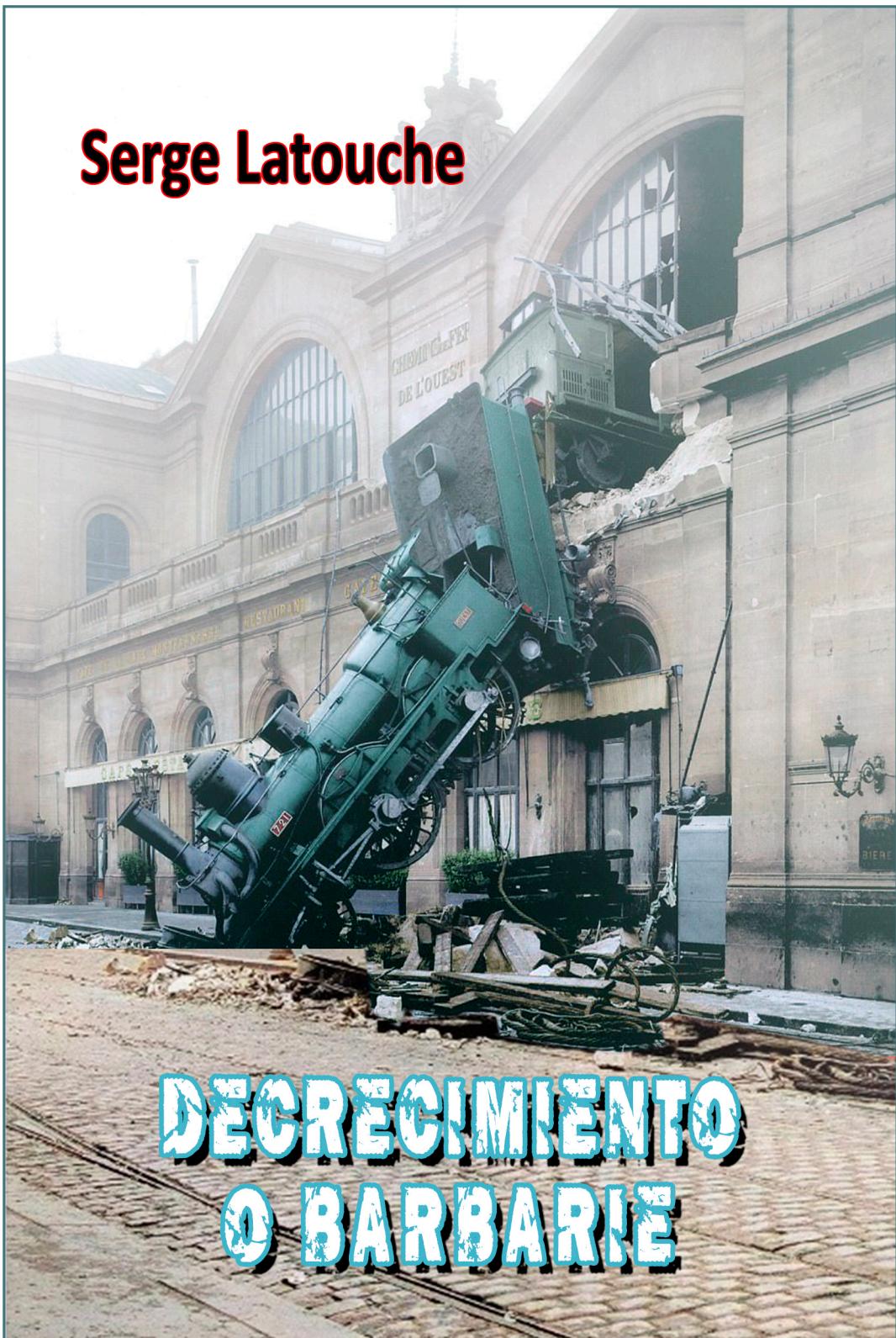


Serge Latouche



Este e-book, ha sido confeccionado utilizando dos artículos de Serge Latouche, así como una entrevista personal, extraídos de la Red.

Latouche es un economista francés, célebre ideólogo y partidario del decrecimiento. Profesor Emérito de Ciencias Económicas de la Universidad de París XI. Presidente de La Ligne d' Horizon y del Instituto de Estudios Económicos y Sociales por el Decrecimiento Sostenible, fundado por Nicholas-Georgescu Roegen. Edita junto con Casseurs dû Pub, la revista *La Décroissance (Journal de la joie de vivre)* que también cuenta con una redacción en Italia. De entre su extensa obra, destacan *L'Occidentalisation du monde* (La Découverte, 1989); *La Planète des naufragés* (La Découverte, 1991); *L'Autre Afrique, entre don et marché* (Albin Michel, 1998); *Justice sans limites* (Fayard, 2003), *Survivre au développement* (Mille et Une Nuits, 2004) y *La apuesta por el decrecimiento: ¿Cómo salir del imaginario dominante?*

Serge Latouche

DECRECIMIENTO O BARBARIE

- *La apuesta por el decrecimiento* (2006), ha sido extraído de: Icaria Antrazyt, 2008. Teatre Nacional de Catalunya
- *El decrecimiento como solución a la crisis*, ha sido extraído de Mundo Siglo XXI
- La entrevista de Monica di Nonato a Serge Latouche, ha sido extraída de la revista Papeles nº 107 (2009)

Palabras clave: decrecimiento, desarrollo, crecimiento, crisis.

Recopilación y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

LA APUESTA POR EL DECRECIMIENTO

¿Cómo salir del imaginario dominante?

Serge Latouche

EL DECRECIMIENTO COMO SOLUCIÓN A LA CRISIS

Serge Latouche

DECRECIMIENTO O BARBARIE

Entrevista a Serge Latouche

Mónica di Nonato

LA APUESTA POR EL DECRECIMIENTO

¿CÓMO SALIR DEL IMAGINARIO DOMINANTE?

Serge Latouche

Traducción: Patricia Astorga

LA PEDAGOGÍA DE LAS CATÁSTROFES Y VOLVER A LA MAGIA DEL MUNDO

El hecho que los hebreos vivieran para adorar a Dios y que nosotros vivamos para aumentar el producto nacional no depende de la naturaleza, ni de la economía, ni de la sexualidad... Son posturas imaginarias básicas, fundamentales, que dan sentido a la vida.

Cornelius Castoriadis¹

1 Cornelius Castoriadis, *Une société à la dérive*.

Para llevar a cabo la necesaria descolonización del imaginario y ganar la apuesta por el decrecimiento, podemos contar ampliamente con la «pedagogía de las catástrofes». Parece que esta expresión se debe a Denis de Rougemont: «Siento que llegan una serie de catástrofes organizadas con nuestro diligente, aunque inconsciente cuidado. Si éstas son lo suficientemente grandes como para despertar al mundo, aunque no del todo para destruirlo, yo las llamaría pedagógicas, las únicas capaces de superar nuestra inercia y la invencible propensión de los cronistas a tachar de «psicosis de Apocalipsis» cualquier denuncia de un factor de peligro bien probado, pero *que algo reporta*. François Partant retomó la expresión y contaba, él también, con el sobresalto engendrado por las amenazas para salir del delirio de la sociedad productivista. Estoy todavía convencido de que la inquietante canícula de 2003 hizo mucho más que todos nuestros argumentos para convencer de la necesidad de orientarnos hacia una sociedad de decrecimiento y popularizar el tema².

Las disfunciones ineluctables de la megamáquina (contradicciones, crisis, riesgos mayúsculos, averías), fuentes de insopportables sufrimientos, son desgracias que

2 Tal como lo atestiguan los artículos de Jean-Paul Basset «Faire Pace à l'agression climatique» (*Le Monde*, 2 de agosto de 2003) y de Corinne Lepage, «Écologie: la révolution ou la mort» (*Le Monde*, 15 de agosto de 2003), que son verdaderas llamadas al decrecimiento.

sólo podemos deplorar. Sin embargo, son también ocasiones para tomar conciencia, para replantear, para rechazar e incluso para sublevarse. Es cierto que no faltan los ejemplos de catástrofes que no inducen a ningún cambio o que, peor aún, provocan repliegues que pueden llegar a reacciones de tipo «fascista». La misma canícula de 2003, que despertó la conciencia de algunos, llevó a muchos otros a equiparse con aire acondicionado, cuyo impacto, es bien sabido, es desastroso para el medio ambiente. Sin embargo, hay muchos ejemplos contrarios. Un caso entre otros: en diciembre de 1952, el smog londinense mató a 4.000 personas en cinco días, lo que provocó tal reacción que se decidió votar el *Clean Air Act* de 1956. La historia de las vacas locas es, al tiempo que un testimonio del desatino de los hombres, una importante señal que, esperemos, contribuirá a frenar el desbocamiento de esta máquina insensata y, si es posible, a destruirla.

Esta pedagogía de las catástrofes se une a la «heurística del miedo» del filósofo Hans Jonas. «Vale más, señala, prestar oídos a la profecía de la desgracia que a la de la felicidad».³ Y esto, no por un deseo masoquista de Apocalipsis, sino precisamente para conjurarla, al ser, en todo caso, la política del avestruz una forma de optimismo suicida. De todas maneras, no preconizamos para nada un catastrofismo imbécil, sino, como mucho, un «catastrofismo

3 Hans Jonas, *Le Principe responsabilité. Une éthique pour la civilisation technologique*.

ilustrado», siguiendo la expresión de Jean-Pierre Dupuy... El verdadero problema, tal como subraya este último, es que «no acabamos de darle suficiente peso real al futuro y, especialmente, a un futuro catastrófico».⁴ «La catástrofe, vuelve a señalar, tiene de terrible que no sólo no creemos que vaya a producirse, aunque tengamos todas las razones para saber que se producirá, sino que una vez que se ha producido, aparece como parte del orden normal de las cosas. Su misma realidad la hace banal. Antes de que tuviera lugar, no era posible que se produjera; y aquí la vemos, integrada sin otra forma de proceso en el «mobiliario ontológico» del mundo, para hablar en el lenguaje de los filósofos. [...] Es esta metafísica espontánea del tiempo de las catástrofes, el mayor obstáculo a la definición de una prudencia adaptada a los tiempos actuales.»⁵ En otras palabras, concluye, lo que puede salvarnos es lo mismo que nos amenaza».⁶ Bernard Charbonneau tenía indudablemente razón: «La verdadera catástrofe es el desarrollo. No hay que olvidar que continúa. Más... siempre más.»⁷

Y eso que, si tenemos en cuenta los «datos objetivos»,

4 Cahier de l'IUED, junio de 2003, p. 161. Véase también Jean-Pierre Dupuy, *Pour un catastrophisme éclairé*.

5 Jean-Pierre Dupuy, *Pour un catastrophisme éclairé*.

6 Ibíd.

7 Bernard Charbonneau, *Le Feu vert. Autocritique du mouvement écologique*.

como se dice, esto podría ser peor. El mundo tendría que estar, ahora mismo, a sangre y fuego. Si no va peor, señala Patrick Viveret, es que, frente a la mecánica mortífera de la megamáquina, existe la reacción subterránea de Eros contra Tanatos.⁸ Los «cooperadores lúdicos» y los «creativos culturales» que somos, contrarrestamos, incluso sin darnos cuenta, la acción catastrófica de los «guerreros puritanos» y de los «precarizadores».⁹ La resistencia y la disidencia, las estrategias de «aflojar las riendas», van en el sentido de las fuerzas de la vida. La fe en el futuro inquietante en el cual tendremos que vivir tal vez constituya, pese a todo, una forma de espiritualidad.

Es cierto que la construcción de una sociedad de decrecimiento no se realizará sin una cierta dosis de nueva ilusión por el mundo»¹⁰ ¿Tenemos que volver a desear un retorno de los dioses? «Lo que realmente necesitamos es un movimiento por un ateísmo económico, un mar de fondo de no creyentes»,¹¹ escribe Derek Rasmussen, militante canadiense por la paz y defensor de los inuit. Lo que se propone es exactamente provocar el movimiento por el decrecimiento. Constatamos que se trata, hablando rigurosamente, de un «a-crecimiento», es decir de un a-

8 Patrick Viveret, *Pourquoi ça va pas plus mal?*.

9 Mahjid Rahnema, *Quand la misère chasse la pauvreté*.

10 Véase Jean-Claude Besson Girard, *Descrescendo cantabile. Petit Manuel pour une décroissance harmonique*.

11 Derek Rasmussen, «Valeurs monétisées et valeurs non monétisables».

teísmo económico. La labor de descolonización del imaginario que permita alcanzar ese objetivo ¿implica una u otra forma de espiritualidad? Es posible. Muchos se inclinan por ello. Aunque sería necesario ponerse de acuerdo sobre lo que hay detrás de esa etiqueta, que puede ofender fácilmente a los laicos y los ateos, entre los cuales me encuentro. Algunos días antes de su asesinato, el poeta y director de cine, Pier Paolo Pasolini conjuraba a la iglesia católica a ser «la guía admirable y no autoritaria de todos los que rechazan el nuevo poder consumista, que es totalmente antirreligioso, totalitario, violento, falsamente tolerante, incluso más represivo que nunca, corruptor y degradante»¹².

Existe, indudablemente, lo que se podría llamar una «teología del decrecimiento». Especialista del desarrollo y de la problemática de la diversidad cultural, a menudo he sido comparado con «curas» y ex curas católicos o protestantes, teólogos o pastores de la iglesia reformada, como Jacques Ellul y Gilbert Rist, Arnaud Berthoud, ex padres blancos como Michael Singleton, predicadores más o menos insumisos como Ivan Illich, Robert Vachon, Alex Zanotelli, Marc Luycks, Raimon Panikkar y varios otros. Al haber sido presentado como un «pagano con fe»¹³, tal vez,

12 Pier Paolo Pasolini, «I dilemmi di un Papa oggi», Corriere Della Sera, 22 de septiembre de 1974, retomado en *Scritti corsari*. Véase también Cecconi Andrea, *Prima e oltre di vangelo*. Ernesto Balducci e Pier Paolo Pasolini.

13 «Serge Latouche, un pagano con la FEDE», Qualevita, n. 79, junio de 1997.

después de todo, estoy predispuesto a transmitir a los *míos*, de forma profana, mensajes producidos en otras capillas... La vía del «pluriversalismo» trazada por Panikkar, por ejemplo, es la única, a mis ojos, que ofrece una esperanza para evitar la caída en la barbarie, incluso el suicidio de la humanidad; la de un nuevo arte de consumo, preconizada por Berthoud, abre un retorno a la alegría de vivir. La relectura del Evangelio por Alex Zanotelli establece la no violencia activa como forma de «resistencia de una parte de la sociedad civil organizada contra el imperio del dinero».¹⁴

¿Hay que sorprenderse de esas connivencias entre nuevas «herejías» milenaristas y utopías sociales laicas, o sentirse impactados por ellas? Si, con el sociólogo francés Émile Durkheim, definimos la religión, de manera laica y amplia, como el conjunto de creencias compartidas que unen a una determinada colectividad, es poco dudoso que la economía, en el mundo contemporáneo, encaje bien en la casilla de las creencias o «religiones» anteriores: incluso las sustituye y constituye una nueva «catolicidad» («católico» en el sentido de «universal»). Esta sustitución puede explicarse principalmente por dos circunstancias: la existencia de un culto casi universal y transhistórico por el valor representado (oro, plata, bienes preciosos... la «Diosa pasta», tal como dice Zanotelli); el advenimiento, con el surgimiento de la modernidad, de una nueva *fe* en el progreso y sus corolarios (la técnica, la ciencia, el crecimiento). Es la articulación de

14 Alex Zanotelli, *Avec ceux qui n'ont rien*.

ambos fenómenos lo que permite realmente hablar de una religión de la economía.

La sociedad moderna, que tenía que autoinstituirse sin recurrir a una garantía metasocial, y romper así con la heteronomía tradicional, que tenía que desembocar en una verdadera democracia autónoma de hombres libres, se inventa las peores restricciones y las proyecta en una inverosímil «naturaleza de las cosas»: la mano invisible del mercado y la ley del progreso.

Esta paradoja es, claro está, inherente al propio siglo de las Luces. Éste pretendía desmitificar a los ídolos, y, efectivamente, destruyó la tradición, los antiguos prejuicios y los antiguos dioses, en nombre de nuevas divinidades aun más poderosas y tiránicas: la Racionalidad, el Progreso, la Ciencia, la Técnica, el Desarrollo económico. A esos ídolos, objetos de culto, de devoción y de sacralización inauditos, se les ofrece en sacrificio una serie innumerable de víctimas.

Únicamente si la fe en el progreso y la economía no es ya una opción de la conciencia sino una droga a la que estamos todos acostumbrados y a la cual es imposible renunciar voluntariamente; si el progresismo y el economicismo están de esta manera incorporados a nuestro consumo cotidiano hasta el punto de que los respiramos con el aire contaminado del tiempo actual, los bebemos con el agua contaminada de pesticidas, los comemos con la comida basura, nos vestimos con ellos a través de la ropa fabricada

en los presidios del sudeste asiático; si, finalmente, éstos nos transportan en nuestros sacrosantos coches con aires acondicionados de cambio climático, el relativo «volver a ilusionarse» por el mundo engendrado por la ciencia, el progreso y el desarrollo se encuentra actualmente de capa caída. «El tranvía funciona, ciertas causas provocan ciertos efectos, pero ya no sabemos cuál es nuestro deber, por qué vivimos, por qué morimos».

Ésta es la razón, más que nunca, por la que nos sentimos desencantados del mundo, tal como lo analizó tan bien Max Weber¹⁵.

Sin embargo, si «lo sagrado es el simulacro instituido del Abismo», siguiendo la fórmula de Castoriadis, los poetas, los pintores, los estetas de toda clase, en resumen, los especialistas de lo inútil, de lo gratuito, del sueño, de las partes sacrificadas de nosotros mismos, tendrían que bastar para la labor de volvernos a ilusionar.

«Los más grandes escritores y artistas, señala Jean-Paul Basset, han indagado en la dirección de esta otra vida que, para los románticos y surrealistas, se encuentra en la propia vida.»¹⁶

¿Es realmente necesario acudir en la actualidad a teólogos,

15 Véase Christian Laval, *L'Ambition sociologique*.

16 Jean Paul Basset, *Comment ne plus être progressiste... sans devenir réactionnaire*.

a ayatolás, incluso a grandes predicatoras ecofeministas de cultos neopaganos sincréticos o a gurús *new age* que surgen por todos lados para amueblar el vacío que deja en nuestras almas esta sociedad a la deriva?¹⁷

17 Véase Vittorio Lanternari, *Ecoantropologia. Dall'ingerenza ecologica alla svolta etico-culturale*.

EL DECRECIMIENTO COMO SOLUCIÓN A LA CRISIS¹⁸

Serge Latouche

Presentación

Elaborado por Latouche, sin duda, uno de los más destacados representantes de la nueva corriente del pensamiento socioeconómico mundial denominada *teoría del decrecimiento* –cuya perspectiva ya no habla sólo, como el Club de Roma, de crecimiento cero, sino francamente de decrecer, para empezar en los países del Norte–, este

18 *Mundo Siglo XXI* agradece a la Dra. Rosalba Casas Guerrero, Directora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; a Enrique Leff, Coordinador del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA); a Miguel Valencia, Coordinador de la Red Ecologista Autónoma de la Cuenca de México, y a René Torres Bejarano, profesor–investigador de ESIME–IPN, el apoyo brindado para acceder a esta importante conferencia impartida por Latouche en el IIS, el 5 de marzo de 2010, y su interés para que fuera publicada en nuestras páginas.

ensayo presenta de modo sumamente pedagógico los profundos límites del discurso promotor del crecimiento y del desarrollo, revelando, además de su inconsistencia epistemológica por trasladar una visión de la Biología a la Economía sin asumir sus consecuencias, su incoherencia radical ante una la crisis global cuya tendencia apunta a agudizarse en el siglo XXI.

El decrecimiento como solución a la crisis

Hoy profundizaremos en un aspecto que es la clave del decrecimiento: la *descolonización del imaginario del crecimiento y del desarrollo*. Tenemos que saber cómo se dio la colonización, es la clave del problema.

Todos sabemos que existen estrellas muertas, de las que seguimos recibiendo la luz. Se sitúan a millones de años luz, sabemos que han explotado, pero sigue llegando su luz, aunque no existen. Sucede lo mismo con el crecimiento y el desarrollo. Las condiciones ecológicas, geológicas e históricas que hicieron posible la sociedad de crecimiento –la sociedad que nació en Occidente hace unos 200 o 300 años y que se propagó hasta mundializarse, sobre todo a partir de los años ochenta– ya desaparecieron. Ni siquiera nos dimos cuenta. Desaparecieron tal vez en los años

setenta, con lo que se ha dado en llamar la crisis del fordismo. Más o menos, en el momento en que salió el primer informe del Club de Roma que se llamó *Los límites al crecimiento*. Después, no nos dimos cuenta porque entramos en una burbuja especulativa y financiera, que vivimos después de los treinta años de apoteosis que fueron de 1945 a 1975. Los años siguientes vivimos lo que, en Francia, llamamos los *treinta desdichados*. Años en los que los especuladores vivieron en la gloria y el crecimiento fue totalmente ficticio. Quedó claro, por lo menos, desde el 16 de septiembre del 2008, con el quiebre del banco de inversión Lehman Brothers, uno de los más grandes a nivel mundial.

Pero, pese a que esas condiciones ya no existen, seguimos viviendo en el imaginario del crecimiento y del desarrollo. Para descolonizar este imaginario, para construir un futuro sustentable que permita a la humanidad sobrevivir a las catástrofes que nos amenazan, es decir al cambio climático, la extinción de las especies, la pérdida de la biodiversidad, el fin del petróleo, etc., tenemos que entender cómo fue construido. Su construcción tiene que ver con dos niveles interdependientes.

En un nivel hay que decir que hemos sido colonizados por palabras. Mi amigo Ivan Illich hablaba de las *toxic words*, es decir las palabras tóxicas: las palabras crecimiento y desarrollo formaban parte del diccionario de las palabras tóxicas. Vivimos con palabras fetiches como progreso, desarrollo, crecimiento. Estas palabras fetiche son palabras

que ya ni siquiera cuestionamos. Deberíamos preguntarnos progreso de qué, crecimiento de qué, para quiénes, desarrollo de qué y hasta qué punto.

Por doquier en el mundo existen partidos políticos del progreso, café del progreso, hotel del progreso. Progreso de qué: progreso de la contaminación, de las catástrofes. ¿Por qué no? Ya ni siquiera cuestionamos este flujo.

Ivan Illich es una de mis fuentes de inspiración; la segunda, muy importante para explicar este término de imaginario, es el gran filósofo, que murió hace algunos años, Cornelius Castoriadis. Autor de un libro extraordinario: *La institución imaginaria de la sociedad*, donde demuestra que la realidad se construye primero del imaginario y luego se actualizan las prácticas.

Se trata de descolonizar el crecimiento y el progreso, pero ¿de dónde vienen estas palabras? De hecho, son metáforas extraídas de la biología evolucionista. Por supuesto, son utilizadas por Darwin, aunque ya mucho antes las utilizaba Lamarck, en 1875. Los biólogos, que estudian a los animales y a los organismos, ven que se modifican a través del tiempo y que, generalmente, se vuelven más grandes. Este hecho es justamente lo que los biólogos llaman crecimiento, pero al volverse más grandes, generalmente, se transforman. Las semillas de amaranto que se cultivan no se vuelven enormes semillas sino que se vuelven plantas, dan frutos. Se transforman, esta modificación cualitativa de los

organismos, a través del tiempo, es el desarrollo. En consecuencia, en biología, podemos definir al desarrollo como la transformación cualitativa del crecimiento.

Los economistas adoptaron esta metáfora en su disciplina. Podríamos considerar que la economía, incluso la sociedad, es como un organismo que sufre transformaciones a lo largo del tiempo. Transformaciones cuantitativas para el crecimiento y cualitativas para el desarrollo. Sin embargo, aquí reside el problema: la economía y la sociedad no son organismos. Esto es sólo una metáfora. Los organismos si crecen, se desarrollan, llegan a una madurez y mueren. Los economistas no pensaron que el organismo económico y social si crecía y se desarrollaba, tendría que llegar a madurar y, por supuesto, tendría que morir. Por otra parte, habría que saber qué es lo que crece y qué es lo que se desarrolla.

Cuando esto empezó a instrumentarse en Occidente, a partir de la época de las luces, alrededor del siglo XVIII, parecía evidente que el progreso era la felicidad. Esta era una idea nueva en Europa, ya que, antes la sociedad estaba dominada por las creencias religiosas, era una sociedad en parte comunitaria y, por supuesto, había concepciones de felicidad, pero era beatitud y estaba prometida en otro mundo, en el más allá, después de la muerte, sin embargo, generalmente, se trataba de la felicidad colectiva.

Los primeros filósofos económicos de las luces, los

filósofos italianos, napolitanos, en particular Genovesi, hablan de la felicidad pública, mientras que en Francia y todavía más en Inglaterra, los conceptos de bienestar y felicidad son individuales, además son materiales. Y la beatitud se acabó, la felicidad es terrenal e individual.

Los economistas descubrieron que la felicidad se puede medir, como es material se puede entender físicamente, tiene que ver con cantidades de objetos que finalmente se venden y se compran, o sea, son cantidades de mercancías. Así, llegamos a la idea de que la felicidad la genera el bienestar material y que esto era sinónimo de poseer mucho. A partir de este momento se inauguraron lo que podemos llamar los juegos olímpicos de la sociedad humana y, después de la Segunda Guerra Mundial, se inició la competencia para ver quién tenía el mejor PIB. Se hizo una clasificación, hasta arriba está EU, le siguen los países de Europa, hasta abajo está África y, más o menos, por en medio se ubica México.

Lo interesante reside en que los economistas transformaron la felicidad en PIB. El PIB no quiere decir estrictamente nada. Habría sido interesante, eventualmente, calcular un Producto Interno Neto. El Producto Interno Bruto incluye todo lo que es producido, comprado y vendido: las medicinas, los venenos, las drogas, etc. Si se produce cosas que enferman hay que comprar todavía más medicinas y esto aumenta el PIB. En cambio, el Producto Interno Neto supone que se deduzca la *amortiguación*, pero los

economistas no saben calcularla y la dejaron de lado. La amortiguación es lo que es destruido en el proceso de crecimiento. Para producir hay que usar máquinas que se usan pero no son eternas. Hay que utilizar recursos naturales que tampoco son eternos ni infinitos, en particular recursos no renovables. Esto habría planteado muchos problemas, ya que, si hubiéramos calculado el Producto Interno Neto nos habríamos visto obligados a tomar en cuenta el petróleo que estamos quemando y no es eterno.

De acuerdo con la concepción de los economistas, se redujo la felicidad a una simple categoría de productos mercantiles. A posiciones materiales que no dicen en absoluto si somos felices. A partir de los años setenta, siguió creciendo el PIB estadístico, pero el bienestar real de la gente no, es decir, que los costos del crecimiento se volvieron superiores a sus beneficios. Hay que pagar cada vez más para reparar los daños producidos por el crecimiento: los daños a la salud, por ejemplo. Aquí en México tienen una contaminación terrible, la gente tiene enfermedades pulmonares, cáncer, ganan más dinero, pero tienen que pagar mucho a los médicos y al final de cuentas tienen un salario superior pero una calidad de vida que es cada vez menor. Conforma el crecimiento de lo que los economistas llaman las utilidades, que no son forzosamente útiles e incluso pueden ser nocivas. Por eso, el terremoto de México, en 1985, fue fantástico, porque estimuló el crecimiento. En este sentido, podemos recordar lo que decía la actriz

estadounidense Mae West: “cuando soy buena, soy buena, pero cuando soy mala soy todavía mejor”. El crecimiento es así, cuando es un crecimiento positivo, se crean libros, se producen comidas, etc., es formidable. Pero cuando hacemos la guerra o existe destrucción es mucho mejor. La industria funciona y hay más ganancias.

Crecimiento de qué y hasta dónde, esto es lo que los economistas, al transferir la metáfora del organismo a la economía, olvidan. Desconocen los límites. El crecimiento sin límites es una fantasía, un absurdo. Basta con pensar que si siguiéramos creciendo incluso con una tasa de dos por ciento al año –que a todos los políticos les daría pena, lo que revela que, pese a sus diferencias, entre ellos existe lo que cabe llamar un “terrorismo de intereses compuestos”–, significaría 160 mil millones de dólares. Imagínense nada más, como ya estamos en la contaminación en México multipliquen esto por 160 mil millones. Claro es impensable un mundo así. Incluso con una tasa más baja de siete milésimas, de todas maneras, esto multiplicaría el producto y en cien años lo duplicaría. El planeta no puede soportar la duplicación del PIB por una razón sencilla: se ha rebasado en 50% la capacidad de regeneración de la biosfera.

En fin, nuestro imaginario ha sido colonizado sin que nos diéramos cuenta, paulatinamente, con la ideología del crecimiento.

El segundo nivel que comentaré tiene que ver con las

cosas. Es necesario en este punto desmitificar el gran relato del crecimiento occidental, donde hubo una burbuja especulativa intelectual. La sociedad occidental produjo este mito, pero lo tenemos que entender para analizar la verdadera naturaleza del crecimiento y del desarrollo.

Este gran relato occidental empieza con las Cruzadas o cuando llegó Cortés a Veracruz, pero vamos a limitarnos al inicio del siglo XVIII, ahí fue cuando las cosas tomaron coherencia y consistencia con lo que llamo el sueño de Adam Smith. Para fijar fechas, voy a tomar una simbólica, 1776. Que es, al mismo tiempo, fecha de la independencia de Estados Unidos y de la aparición de lo que se considera el libro fundador de la ciencia económica *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de Adam Smith. Un libro representativo de la creencia occidental de la época de la Ilustración.

¿Cuál es el mensaje o el sueño de Smith? Hasta ese entonces se pensaba que las pasiones humanas tenían que ser canalizadas y dominadas –los griegos nos lo enseñaban– a través de la tragedia. Se sostenía que el hombre está dominado por una especie de locura. *Hybris* llamaban los griegos a una especie de desmesura. El problema consistía en poner un límite a la desmesura del hombre para que no destruyera la sociedad. Eso contaba la tragedia griega. Estas pasiones –que, a veces, se les llamaba pasiones tristes, como la avidez, el egoísmo, la sed de poder y de riqueza– y su ambición desenfrenada, se tenían que canalizar y limitar.

La idea aparece antes de Adam Smith, luego él la retoma en su texto de la mano invisible para sostener que, al contrario, hay que desencadenar las pasiones. Hay que darles libre curso. Porque cuando cada quien busca sus intereses más sólidos, más personales, más egoístas, ahí justamente es cuando se va a generar la felicidad colectiva con base en la producción de riqueza para todos.

Aquí es donde se inicia el mito que los economistas después teorizaron en su lengua sagrada que es el inglés –de modo similar al hecho de que la Iglesia tiene su propia lengua sagrada que es el latín– denominando a eso *trickledown effect*, que quiere decir *efecto de difusión* o *percolación*. Existen textos admirables, casi poéticos, de los economistas tecnócratas relativos a este mito. Tienen una imagen de barcos en el agua, enormes para representar a los países ricos, pequeños para los países pobres –como los africanos– y medianos para países como México.

Cuando sube la marea, suben todos al mismo tiempo, como sucedió en *les trente glorieuses*¹⁹ (los treinta gloriosos). Todos los barcos suben, los ricos se vuelven más ricos y los pobres también se vuelven más ricos. Los países desarrollados se vuelven todavía más desarrollados, pero nunca llegan a ser suficientemente desarrollados. Siempre he oído a los políticos de mi país decir que es urgente

19 Se refiere a los treinta años gloriosos del capitalismo, desde 1945 a 1975. [N. e. d.]

modernizar Francia, pero desde hace 200 años no dejamos de modernizarnos y nunca llegamos a ser realmente modernos.

¿Cuál va a ser el límite?, No se sabe porque esto es una ilusión. Un sueño, que no tiene que ver nada con la realidad. En el siglo XIX, los grandes barcos subieron pero los pequeños se resintieron. La burguesía inglesa se enriqueció enormemente pero el pueblo inglés vivía en condiciones verdaderamente espantosas. Los campesinos fueron despojados de sus tierras, se volvieron vagabundos, y los artesanos también quebraron. Como esto no bastaba para que los ricos se volvieran más ricos, también los tejedores de la India fueron destruidos. Marx mismo señaló que “los huesos de los tejedores de algodón blanquearon las llanuras de la India”. Basta leer *Oliver Twist* de Charles Dickens que da testimonio de la condición obrera. Nunca en la condición humana un pueblo había conocido situación semejante. Murieron tantos, sin embargo, esto no se menciona en los libros de historia. Se habla de la Revolución Industrial como una experiencia maravillosa que hizo que conociéramos el confort, la felicidad y el crecimiento. El crecimiento es de los ricos y punto. En consecuencia, la teoría de Smith es utopía liberal.

Pero sucede en la historia, como hoy como con el proyecto del decrecimiento, que existen utopías para los marginales y que, a veces, las utopías se vuelven realidad. Muchas cosas se hicieron en un siglo para que el crecimiento se volviera

realidad; espero que el decrecimiento se convierta en realidad porque no podemos tardar un siglo, si no todos estaremos muertos.

Al cabo de un siglo, el sistema capitalista se transformó, y se volvió un sistema termoindustrial, es decir fundado en la potencia del fuego. Una energía fantástica que permitió la existencia de la máquina de vapor y, con ella, llevó a aumentar la cantidad de metros de textiles que salían de la manufactura de Manchester. El aumento fue tan grande que los ricos pudieron consumir más ropa, incluso los pobres pudieron mejorar sus niveles de vida y elevar un poco su consumo al menos en Occidente, pero los hindúes no. Los proletarios ingleses –puesto que los campesinos y artesanos se volvieron proletarios– comieron un poco mejor, vistieron un poco mejor, pero seguían siendo mal pagados. No pueden comprar todo lo que se produce y cuando el desempleo crece el sistema se bloquea. Periódicamente estallan crisis de sobreproducción, que generan a su vez millones de desempleados. Son auténticas tragedias. Después, todo vuelve a empezar. Sobre todo, se soluciona con una buena guerra, o una expedición a México para instalar un emperador. Hay que hacer funcionar la industria, hay que vender armas, así se crean empleos y los proletarios comen un poco mejor durante algunos años. Luego, viene una nueva crisis.

El sistema conoció esta utopía economista liberal gracias al carbón y la máquina de vapor. No sólo los burgueses, incluso los líderes de los proletarios terminaron por creer en

ella. Su imaginario fue completamente colonizado por la ideología del crecimiento y el desarrollo. De hecho, actualmente los defensores más ardientes del crecimiento y el desarrollo no son los capitalistas o los especuladores, son los sindicalistas y los obreros. Cuando ya las víctimas mismas son favorables a la teoría que permitió su propia opresión, quiere decir que se volvieron sus propios colonizadores, se volvieron tóxico-dependientes del sistema consumista.

Un sistema que encara su crisis gracias a una invención genial: el *marketing*. Que descansa en tres mecanismos que nos incitan al crimen: la publicidad, el crédito y la obsolescencia programada. La publicidad hace desear lo que no tenemos para dejarnos siempre insatisfechos, siempre queremos más, este es un elemento fundamental del sistema. Después del armamento, para el cual se destina un millón y medio de millones de dólares al año, para la publicidad se gasta, más o menos, 500 mil millones por año. Se destina muchísimo dinero para la publicidad y funciona. Y el crédito nos permite seguir consumiendo cuando ya no tenemos medios. Mientras la publicidad nos incita a consumir, el crédito nos permite, incluso si estamos desempleados, seguir consumiendo y endeudándonos hasta que los préstamos se desmoronen. En consecuencia, no se puede decir que la sociedad de consumo sea una sociedad feliz, es una sociedad de frustración. Se requiere que siempre estemos frustrados para desear siempre más. Acabamos de comprar algo con muchos ahorros pero no

basta, ahora hay que consumir el nuevo producto, y cuando los tenemos ya va a estar rebasado y vamos a querer otra cosa.

Esto sucedió, en agosto de 2007, con la crisis de la “burbuja inmobiliaria”. Es decir, la crisis de los títulos de crédito de gente que no es solvente, o lo que podemos llamar los títulos podridos, de personas que se endeudaron para adquirir su casa y que podían pagar volviendo a venderla mientras hubiera un mercado inmobiliario, pero cuando este mercado empezó a derrumbarse todo se desmoronó y, finalmente, quebró el banco Lehman Brothers.

El crédito es el segundo motor del *marketing* y funcionó muy bien después de 1975. Permitió un crecimiento ficticio, gracias al genio diabólico del presidente de la banca federal de EU, Alan Greenspan. Todo mundo lo culpa, pero en cierto momento más del 50% de la población era dueña de acciones y era considerado como un dios. Cuando no había crecimiento, creó la ilusión del crecimiento durante 30 años, y la gente quería que la ilusión continuara. El crecimiento ya se acabó, lo único que se puede producir es la ilusión del crecimiento. Al sueño se le han inyectado miles de millones de dólares para volver a poner en marcha el próximo sueño del crecimiento, esto hasta la siguiente quiebra que no va a tardar.

La tercera incitación al crimen viene de la obsolescencia programada. La sociedad del crecimiento produce objetos

maravillosos, es fantástico. La lavadora, la computadora, la televisión y tantas otras cosas, pero en tres años ya no funcionan y ya no se pueden reparar. De mi computadora me dijeron: le va a costar más caro repararla que comprarse una nueva, además hay promociones y rebajas; cómprese un disco nuevo, aunque tal vez no va a ser compatible con las tarjetas madre. Siempre vienen de China y tienen un precio irrisorio, claro están hechas por gente a la que no se le paga casi nada. Resultado, cada mes hay 800 barcos que se van llenos de computadoras a Nigeria. Bastaría repararlas pero las llevan la basura, ya que, en Nigeria pueden hacer cualquier cosa.

Cabe agregar que las computadoras contienen metales muy especiales. No se dice mucho al respecto. También los celulares existen gracias a un producto llamado coltan que sólo existe en Congo y cuya obtención genera masacres. Las compañías internacionales, como Nokia, hacen que las distintas tribus africanas se masacren entre sí para controlar el coltan. Si ustedes ven bien su teléfono hay sangre congoleña escurriendo de él.

Estos aparatos contienen metales muy escasos que en algunos años, 50 cuando mucho, ya no van a existir. Pero en vez de reciclar, en Nigeria, lo entierran, contamina los mantos freáticos y hace que los niños mueran de cáncer. Este sistema nos lleva directo a la catástrofe.

Lo que ayudó mucho a la sociedad de consumo fue su arma

de destrucción masiva: el petróleo. El carbón no está mal porque creó la máquina de vapor, pero el petróleo es todavía mejor. Gracias al petróleo los europeos disponen como de 50 y los estadounidenses como de 150 esclavos mecánicos. Los romanos más ricos tenían 50 o 100 esclavos. Cada vez que se llena el coche de gasolina para salir de vacaciones es como si se utilizara el trabajo de un obrero que gana el salario mínimo durante cinco años. La potencia energética del petróleo podría explicarse, a grandes rasgos, con la equivalencia de que 30 litros de gasolina corresponden a cinco años de trabajo de un obrero. Es lo que hace que un colega americano, Richard Heinberg, que escribió *The Party's Over*, es decir la fiesta se acabó, señalé que el crecimiento salió de los pozos petroleros y se detendrá con ellos. Cada vez va a haber menos gasolina y ya no se va a poder aumentar vertiginosamente toda esta energía, como lo hemos hecho hasta ahora.

Nos han hecho creer en el gran relato de que la historia actual puede ser eterna, pero este periodo ha sido un paréntesis en la historia humana. Todas las sociedades humanas han vivido metabolizándose con su medio, relativamente armoniosas con el medio ambiente y los que no lo hicieron –como parece ser el caso de los Mayas y los pobladores de la Isla de Pascua, que no respetaron el medio ambiente– se colapsaron. La fiesta del desperdicio está terminando. Fue sólo un paréntesis y para las dos terceras partes de la humanidad ni siquiera empezó.

¿Cuál es la verdadera naturaleza del desarrollo? Voy a partir del comentario de un experto entre expertos, Henry Kissinger, ex secretario de Estado de relaciones internacionales de Estados Unidos. Le preguntaron: ¿qué es esto de la globalización? Y contestó: “sólo los estadounidenses son capaces de semejante cinismo, la globalización no es más que el nuevo nombre de la política hegemónica de EU”. Esto se tiene que tomar a la letra. La palabra antes de la globalización, el nombre de la política hegemónica de EU, era desarrollo (*development*).

Como Wolfgang Sachs lo ha definido muy bien, pero también Gustavo Esteva e Iván Illich, el desarrollo salió, el 20 de enero de 1949, de los cajones de Harry Truman, en el punto 4 del Discurso sobre el estado de la Unión. Antes el mundo era muy complicado, había imperios británicos, franceses, portugueses, etc. Los pueblos no eran iguales, había pueblos dominantes y dominados, metrópolis y colonias. Después de la Segunda Guerra Mundial había naciones muy distintas. Había diversidad y folklore. A partir de 1949, todos los pueblos se volvieron iguales, entonces todos pudieron ponerse en la línea de partida de la gran carrera, a ver quién iba a tener el PIB más elevado del orbe. Todos estaban tras el desarrollo, los pueblos del mundo fueron clasificados en función del resultado de la carrera, algunos eran desarrollados y otros subdesarrollados.

Se observó la necesidad de desarrollar a estos subdesarrollados, por ejemplo, vendiéndoles a los campesinos mexi-

canos –que tradicionalmente sembraban maíz–, tractores, pesticidas y, recientemente, maíz genéticamente modificado. Así, el beneficio para EU es doble, ya que, antes las empresas vendían sus productos en las colonias, ahora éstas abren sus mercados. Podemos decir que la globalización no es más que la consecución del desarrollo a través de otros medios.

Seguimos en la occidentalización del mundo y la colonización del imaginario. Y no nada más del imaginario, estamos en la economización del mundo, en la uniformización planetaria. Finalmente, la verdadera naturaleza del crecimiento y el desarrollo es la guerra: el crecimiento y el desarrollo son guerras contra la naturaleza, contra la tierra, contra los pobres, guerra contra el género humano.

El gran filósofo francés, Descartes, señaló que el hombre tiene que ser amo y dominador de la naturaleza. Los ingleses van más lejos, Francis Bacon dijo que hay que tratar a la naturaleza como prostituta, hay que apoderarse de ella.

Otras sociedades entendieron que formamos parte de la naturaleza y que había que vivir en armonía con ella. Ahora el nuevo discurso es dominar, saquear. Se destruyen los paisajes, se hacen minas, cruces de autopistas de tres o cuatro niveles, porque el automóvil tiene que pasar por todos lados. Es una guerra contra la madre tierra. La agricultura productivista es una agresión. Monsanto, una

empresa que producía los gases de combate en Vietnam, ahora produce pesticidas. Tuvieron que reconvertir esos gases de combate y los transformaron en biocidas, es decir asesinos de la vida mediante pesticidas, insecticidas y abonos químicos. Las empresas que fabricaban nitroglicerina y dinamita, ahora fabrican abono para la tierra. Los que antes fabricaban tanques de guerra ahora fabrican tractores. El crecimiento y el desarrollo disparan contra todo lo que se mueve.

Con la sociedad del crecimiento, vamos camino a la sexta desaparición de las especies. La quinta fue la de los dinosaurios. Es una guerra a la cultura, se habla de cocalización y macdonalización del mundo, es decir, estamos ante una uniformización planetaria. Todo el mundo tiene que ser como el *american dream*. Están aniquilando la diversidad, transformando todo en mercancías. Asimismo, es una guerra contra los pobres. Lo que Iván Illich llamaba la guerra a lo vernacular, a la economía de subsistencia. Anteriormente la gente producía lo que consumía, ahora tienen que comprar todo lo que consumen. Ya no deben ser autónomos, tienen que ser totalmente dependientes del mercado.

Esto va más lejos con las máquinas, ya lo entendía perfectamente el gran filósofo Günther Anders, que escribió un libro fundamental pero no muy conocido, *La obsolescencia del hombre*. El hombre se volvió obsoleto porque ya no se necesita a los hombres. Incluso en las sociedades con

crecimiento muy fuerte el hombre ya es inútil. No se crean empleos, las máquinas hacen todo. Como ya no se necesita al hombre, fácilmente se le aniquila. El sueño de Adam Smith se volvió una pesadilla. Es el quiebre de la felicidad prometida porque esta sociedad de crecimiento engendra desigualdades sin límite.

Las distancias entre el Norte y el Sur, desde el siglo XVIII, han crecido enormemente. Teníamos desfases que eran de 1 a 2 o 1 a 3, luego pasamos de 1 a 30, ahora estamos entre 1 y 100. Esa es la brecha entre países ricos y pobres. Incluso entre los países desarrollados hay distancias astronómicas. Con el crecimiento los costos se han vuelto superiores a los beneficios y las ventajas.

Herman Daly, Economista Jefe del Departamento Ambiental del Banco Mundial –que renunció mucho antes que Stiglitz–, había entendido que el crecimiento media el bienestar estadístico pero no el bienestar real y que en tanto existían costos que era necesario sustraerlos.

Para EU, entre 1950 y 2000, la curva del crecimiento del PIB *per cápita* es casi continua. Sin embargo, el Producto Interno Neto tiene una curva que no lo es, puesto que hay que sustraer los costos de compensación y de reparación, hay que reparar al hombre, compensar el estrés, las depresiones y el entorno destruido. Hasta los años setenta tuvimos los “treinta gloriosos”, el crecimiento estadístico correspondía a cierta mejoría de vida de la población en EU

y Europa. Fue un verdadero progreso del bienestar, no hablemos de felicidad porque es más problemático, pero digamos que había un genuino aumento de bienestar social. Después de los años setenta, los costos del crecimiento se volvieron superiores al beneficio y esto se acentúa cada vez más. Esta curva ya no se invertirá. Podemos hacer que suba la curva con la especulación, pero no vamos a mejorar el producto neto. La población en realidad no va a mejorar su nivel de vida.

Existe un instituto en Inglaterra que se llama The New Economic Foundation que hizo trabajos para evaluar la felicidad, con una parte objetiva –como la salud, la educación, etc.– y una parte subjetiva –porque hay gente que tiene altos ingresos y se suicida o se deprime, o sea, no son realmente felices-. Diseñaron un índice de felicidad: Happy Planet Index. El resultado es bastante interesante. Retomando la idea de los juegos olímpicos, clasificaron a todos los países a partir del índice de felicidad. Para 2009, el primer campeón fue Costa Rica, el segundo República Dominicana, tercero Jamaica, cuarto Guatemala, quinto Vietnam, luego Colombia y en el lugar 114 se ubicó EE UU. En el 2006, el campeón era Vanuatu, el segundo Colombia –que fue rarísimo–, el tercer lugar Costa Rica, EU, casi al final, estaba en el lugar 156. Por supuesto, esto no es propiamente científico, el PIB tampoco lo es. Pero revela un fracaso total: destruyeron al planeta y ni siquiera las personas son felices.

Estamos asistiendo en directo al desmoronamiento de la civilización occidental. Esta es la descolonización del imaginario: estamos pasando del sueño inicial a la pesadilla. La civilización del crecimiento está muriendo. Nos ubicamos en un sitio que describe muy bien el gran filósofo de nuestro tiempo Woody Allen: llegamos al entrecruzamiento de dos caminos, uno nos lleva a la desaparición de la especie y el otro a la desesperación absoluta. Espero que la humanidad tome la decisión correcta.

El primer camino es la sociedad del crecimiento, que nos lleva a la sexta desaparición de las especies, que hemos puesto en marcha ya. Y el segundo camino es lo que estamos viviendo desde septiembre de 2008, la crisis, la recesión, la depresión, es decir, una sociedad de crecimiento sin crecimiento.

No hay nada peor que una sociedad basada en el empleo con millones de desempleados, es absolutamente traumático. Hay gente que no tiene recursos y el Estado tampoco. Los presupuestos públicos ya no bastan para financiar el funcionamiento de las universidades y los hospitales. ¿Qué les queda a los pobres? Nada más les queda reventar y morirse. Ya no hay manera de sostener la vida civil. Lo que nos condena a la barbarie. Una sociedad de crecimiento sin crecimiento no puede ser más que una sociedad bárbara.

Afortunadamente, existe una tercera vía: el proyecto del decrecimiento, el de la sobriedad elegida. Que decidamos

consumir menos, pero hacer cosas mejores a condición de compartir. Hay que salir de la toxicodependencia, que nos lleva a consumir más y más este pastel envenenado. Hay que cambiar la receta del pastel y hay que compartirlo de una manera más equitativa y esto es lo que está haciendo el movimiento por la desaceleración económica.

Como sostenía Antonio Gamschi, hay que temperar el pesimismo de la razón con el optimismo de la voluntad. Si vemos las cosas racionalmente es terrible lo que está pasando. Pero, por ejemplo, en Bolivia o con la nueva constitución de Ecuador la naturaleza se vuelve sujeto de derecho, es decir, vemos que las cosas sí pueden cambiarse.

Estoy reescribiendo un libro que me hubiera gustado llamarlo el *tao* del decrecimiento, justo debido a que la ética es la vía del decrecimiento. Lo es a través de una doble vía: como ética personal y proyecto político. Me gustaba la idea de Iván Illich acerca de practicar el tecno-ayuno. Es cuestión de limitarnos, como los cristianos que se limitan el viernes a no comer algunas cosas. Es decir, voy a seguir teniendo computadora pero me niego a tener celular, decidí ya no tener televisión porque es uno de los mejores medios de intoxicación mental. Pero no se trata solamente de cambiar el comportamiento, se trata de una limpieza de vida y de un aseo mental, sin embargo, aunque la dimensión ética es muy importante, el decrecimiento también es un proyecto político de transformación de la sociedad. Para realizar este proyecto vamos a necesitar técnicas y ciencias. Impulsando

que la ciencia prometeica occidental, esta ciencia agresiva contra la naturaleza, asuma el paso hacia una ciencia que observe la naturaleza y trate de reducir nuestra huella ecológica. Por ejemplo, el uso intensivo de la bicicleta es muy moderno, pero es una invención convivial. También la máquina de coser fue una invención convivial porque Singer, aunque era un capitalista, lo hizo por amor a su mujer, es una máquina que fue hecha por amor. No es lo mismo que una invención como los organismos genéticamente modificados, que son concebidos para generar ganancias. Tenemos que centrarnos en técnicas que no sean propuestas por las grandes trasnacionales, más ahora que hasta las universidades están en manos de las trasnacionales. Se requieren investigaciones democráticas, ya que, no todos tenemos la posibilidad de hacer investigación. En Francia, se abandonaron las investigaciones en agrobiología, porque, supuestamente, no eran rentables. Tenemos que decidir si queremos desarrollar la medicina, inventando nuevas moléculas químicas, o si preferimos prevenir, que la gente coma mejor, se comporte mejor y no se vuelva obesa. Se necesitan nuevas ciencias, nuevas investigaciones.

Es importante aclarar: no se trata de volver al pasado. Lo que tenemos que retomar del pasado es la idea de una sociedad sobria, más humana, en armonía con la naturaleza. Pero, esto es fundamental, con técnicas mejoradas, en particular en la agroecología y en el agroforestal.

Además, están los servicios. Mientras en la economía de los servicios actuales éstos son inmateriales, pero requieren desgraciadamente una base material, sobre todo cuando se trata de servicios mercantiles; en el proyecto del decrecimiento se propone desarrollar los servicios no mercantiles, como la amistad o el saber, cuando el servicio no está patentado. Imagínense que Arquímedes hubiera patentado su teorema, tendríamos que pagar cada vez que lo usáramos. Ahora ustedes pueden utilizar ese teorema, en cambio una herramienta informática desarrollada por Billy Gates no se puede usar sin pagar derechos. Precisamente, en el proyecto del decrecimiento ya no vamos a consumir varios *gatges* que se van a ir a la basura. Vamos a tener para toda la vida una sola computadora, la vamos a reparar y reciclar. Ya no vamos a tener tantos libros; vamos a tener –como decimos en francés– menos bienes pero más vínculos.

Para los que dicen que el calentamiento global es una mentira, si lo fuera Copenhague no hubiera sido un fiasco. Hugo Chávez había leído algo en las paredes de Copenhague y lo retomó en su discurso ante los jefes de Estado, fue extraordinario. Dijo: “si el clima fuera un banco, hace mucho que ya lo habrían salvado”. El calentamiento global es desgraciadamente una realidad. El IPCC (Inter-Governmental Panel on Climate Change o Panel Intergubernamental del Cambio Climático) de la ONU, que agrupa a 300 mil científicos del mundo, ha demostrado que el mecanismo del calentamiento global existe.

De lo que estamos seguros, desgraciadamente, es que, si incluso detuviéramos todo el consumo de aquí hasta el final del siglo, ya estamos condenados a dos grados de aumento de la temperatura mundial. Podría decirse que dos grados no es nada, pero se van a producir miles de refugiados debido a los desastres. Los africanos no lo podrán soportar, van a tratar de emigrar, qué van a hacer con millones de gente de Bangladesh que ya no tendrán posibilidad de producir con sus tierras y perderán incluso posibilidades de sobrevivir. ¿Los van a meter a un campo de concentración?

Para evitar la catástrofe, que ahora ya no es evitable, lo que necesitamos hacer es limitar la catástrofe y manejarla.

DECRECIMIENTO O BARBARIE

Entrevista a Serge Latouche

Mónica di Nonato²⁰

Traducción del francés por Eric Jalain Fernández

“El decrecimiento tan sólo resulta posible en una ‘sociedad del decrecimiento’, es decir, en el marco de un sistema que se base en otra lógica”

La aparición del “Pequeño tratado del decrecimiento sereno”, publicado en España por Icaria Editorial, nos ha

20 Mónica Di Donato es responsable del Área de Sostenibilidad del CIP-Ecosocial

ofrecido la oportunidad de dialogar con Serge Latouche. Filósofo y economista francés, es uno de los opositores más conocidos del proceso de occidentalización del planeta y uno de los críticos más duros de la ideología universalista de connotaciones utilitarias. Tras las huellas de las ideas de pensadores como Ivan Illich y Marcel Mauss, Serge Latouche reclama la liberación de la sociedad occidental de la dimensión universal de la economía, criticando, entre otras cosas, el concepto de desarrollo y las nociones de racionalidad y eficiencia económica. A través de las páginas de esta entrevista, el pensador francés afirma la necesidad de un cambio cultural que desemboque en la creación de un nuevo enfoque, una nueva visión para abordar los problemas de un planeta al borde del colapso por hiperconsumo. Así, frente a la expansión ilimitada, Latouche propone replantearse el propio concepto de bienestar y de riqueza; frente al fetichismo del PIB, que nos convierte en víctimas de una economía agobiante y acelerada, habla de decrecimiento sereno y de la felicidad de la sobriedad.

Pregunta: Prof. Latouche, Vd. es un economista, pero afirma haber perdido la fe en esta “religión”. Desde hace ya muchos años, tanto sus ideas y reflexiones como sus libros son considerados un punto de referencia sólido para los defensores de la “crítica al desarrollo, para rehacer el mundo” parafraseando el eslogan de una conferencia internacional celebrada en París hace unos años. ¿Cuáles

han sido los momentos fundamentales de su recorrido como intelectual crítico y de vanguardia?

Respuesta: Fue en Laos donde se produjo el cambio de perspectiva, en 1966–1967. Allí descubrí una sociedad que no estaba ni desarrollada ni sub-desarrollada, sino literalmente “adesarrollada”, es decir, fuera del desarrollo: comunidades rurales que plantaban el arroz glutinoso y que se dedicaban a escuchar cómo crecían los cultivos, pues una vez sembrados, apenas quedaba ya nada más por hacer. Un país fuera del tiempo donde la gente era feliz, todo lo feliz que puede ser un pueblo. Pero ya se veía venir lo que iba a ocurrir, y que de hecho está ocurriendo en el momento actual: que el desarrollo iba a destruir esta sociedad que, aunque no fuera idílica (no existe ninguna sociedad idílica), poseía una especie de bienestar colectivo, de arte de vivir, refinado a la par que relativamente austero, pero en cualquier caso en equilibrio con el medio ambiente. El conflicto entre los estadounidenses y los comunistas iba a atraparlos entre dos fuegos e iban a ser desarrollados o subdesarrollados a su pesar, y su equilibrio, su sistema social vernáculo, iba a resultar destruido. Eso fue lo que me condujo de alguna manera a cambiar de parecer y a tomar conciencia del carácter etnocéntrico del desarrollo, incluyendo su versión marxista, es decir, socialista. Fue por lo tanto ahí donde, en el fondo, sufri una crisis: como economista, perdí la fe en la economía, en el crecimiento, en

el desarrollo e inicié mi propio camino. Comencé entonces a hacer cursos de filosofía de la economía, de epistemología económica y a enseñar a llevar a cabo una deconstrucción crítica de la economía política, incluyendo la de Marx. Esta reflexión fundamental, que incluía la antropología económica, era una crítica al *homo œconomicus* en nombre de una antropología más concreta, que se apoyaba en Karl Polanyi, Marshall Sahlins y Marcel Mauss.

La antropología económica hablaba de una realidad social que resultaba totalmente ajena a los economistas, y que sin embargo debía ser tenida en cuenta por los mismos. Durante esos años me dediqué a acumular lecturas y de ese recorrido, en cierto modo mi travesía personal por el desierto, surgió *Épistémologie et économie* (1973),²¹ que marca la liquidación del viejo hombre (un poco como *La ideología alemana* para Marx). Fue entonces cuando volví a las cuestiones del desarrollo. Saqué al respecto un primer libro titulado *Critique de l'impérialisme* (1979), que era una crítica de las teorías marxistas y leninistas sobre el imperialismo para aportar otra interpretación del desarrollo y del sub-desarrollo como aculturación, destrucción de las culturas por imposición de una cultura exterior, la de Occidente.

En 1986 esto condujo, de forma natural a *Faut-il refuser le*

21 Aquellas obras del autor en cuyas citas no se indique lo contrario, no disponen de traducción al castellano.

développement? A continuación, mis aportaciones se van sucediendo: en 1989 llega *L'Occidentalisation du monde*, etc.

P: En este sentido, parece ser que las reflexiones relativas a la dimensión ecológica de estos problemas llegan a madurar más tarde, por lo menos dentro de su obra.

R: Efectivamente, ya había argumentado el rechazo al productivismo, pero la dimensión ecológica estaba totalmente ausente en mi obra. En efecto, criticaba el imperialismo occidental, Occidente y la aculturación, pero los límites de la naturaleza no encajaban en mi esquema. Conocía sin embargo los trabajos del Club de Roma y estaba de acuerdo con ellos, pero no sabía cómo integrarlos. No lo logré hasta más adelante, en 1991, con *La planète des naufragés*.²² Durante todo este periodo, se estaba creando un pequeño grupo internacional de “conspiradores” alrededor de personas que habían sido discípulos o alumnos de Ivan Illich, como Majid Rahnema, que escribió *Quand la misère chasse la pauvreté* (2003), o como Wolfgang Sachs, en Alemania. Todas esas personas colaboraban para denunciar la impostura del desarrollo, la traición de la opulencia. Planteaban una sólida cultura ecológica, una fuerte denuncia de los daños y límites ecológicos del

22 Traducida al castellano como *El planeta de los náufragos: ensayo sobre el posdesarrollo*, Acento Editorial, Madrid, 1994.

planeta. En aquella época, cuando se hablaba de desarrollo, siempre era con respecto al Sur, pues era el Norte el que desarrollaba al Sur. En consecuencia, tras haber criticado el desarrollo, cuando uno se interesaba por la búsqueda de una alternativa, había que preguntarse: ¿cómo pueden las sociedades del Sur sobrevivir al maremoto de desarrollo que han sufrido? Por eso he descrito cómo los excluidos se autoorganizan y sobreviven en *L'autre Afrique, entre don et marché* (1998),²³ tema que ya había abordado en *La planète des naufragés*. Lo interesante de la experiencia africana consiste en ver que hay personas que pueden sobrevivir fuera del sistema económico, como en los pueblos que conocí en Laos. He observado, en los suburbios africanos, todo un vivero de “buscavidas” llenos de creatividad, capaces de autoorganizarse a todos los niveles: social, imaginario y técnico. Se trata, más o menos, de la nebulosa de lo informal. Aunque, en términos económicos, África no cuenta nada, representa menos del 2% del PIB mundial, cuando sin embargo se visita ese continente nos sorprende encontrar, un poco en todas partes, una extraordinaria capacidad para producir felicidad, que nosotros somos cada vez más incapaces de fabricar. Logran sobrevivir gracias a la solidaridad, poniendo en común lo poco que tienen. Consiguen, al fin y al cabo, producir riqueza porque tienen una gran riqueza relacional. Esto nos aporta pistas sobre una salida posible al crecimiento o sobre una sociedad sin

23 Traducida al castellano como *La otra África: autogestión y apoyo frente al mercado global*, Oozebap Editorial, Barcelona, 2007.

crecimiento, con menos bienes materiales pero más relaciones, capaces de generar felicidad. Pero contar esto en el Norte, en los años ochenta, suponía predicar en el desierto. En 2001 pensamos que ya había llegado el momento de salir del armario y de dar un buen golpe organizando un gran coloquio al respecto. Así que nos lanzamos a la aventura. Tuvimos la suerte de lograr una financiación que nos permitió reunir a setecientas personas en la UNESCO durante tres días. Era efectivamente un buen momento y los amigos de *Silence* y de *Casseurs de pub*²⁴ tuvieron la idea de sacar un número sobre la “*décroissance*” (decrecimiento), retomando el título de una obra en la que Jacques Grinevald había reunido y traducido algunos artículos de Nicholas Georgescu-Roegen, quien sin embargo nunca había utilizado la palabra decrecimiento por la simple razón de que no existe en inglés. El número tuvo tanto éxito que fue reeditado y organizamos un segundo coloquio en Lyon titulado *La décroissance* con otras asociaciones, entre ellas *Nature et progrès*, *L'Écologiste*, *Silence*, *Casseurs de pub* y *Ligne d'horizon*. Aprovechamos entonces la oportunidad para crear el *Réseau des objecteurs de croissance pour un après-développement* (Red de objetores al crecimiento por un post-desarrollo, ROCAD en su siglas en francés).

24 Nombres de dos organizaciones francesas de activismo social y ecológico que editan revistas y publicaciones con esos mismos nombres. (N. del T.)

P: Antes hizo referencia a Ivan Illich, del quien ha sido discípulo. El pensador austriaco auspiciaba, con su crítica al concepto de desarrollo, dar un giro frente a la solidez que acompaña las ideas de progreso, desarrollo y crecimiento. Aunque la crítica del concepto de crecimiento parece reunir más apoyos, sobre todo en relación con la evidencia ineludible de las limitaciones biogeofísicas del planeta, alrededor de los conceptos de desarrollo y de progreso las posiciones parecen contradictorias. Sin embargo, Georgescu-Roegen dijo que es imposible concebir el desarrollo sin crecimiento. ¿Puede reflexionar sobre la naturaleza de estos conceptos y las relaciones que los unen?

R: Los valores sobre los que reposan el crecimiento y el desarrollo, y muy especialmente el progreso, no corresponden para nada con aspiraciones universales profundas. Estos valores (concepción del tiempo, relaciones con la naturaleza, etc.) están relacionados con la historia de Occidente, y probablemente no tengan ningún sentido para otras sociedades. Donde no existen los mitos que fundamentan la pretensión de control racional de la naturaleza y la fe en el progreso, la idea de desarrollo y de crecimiento carece de sentido y las prácticas relacionadas con ella resultan totalmente imposibles por impensables y prohibidas. De los tres pilares de la modernidad que son el progreso, la técnica y la economía, el primero de ellos ocupa un lugar central en la medida en que anima el imaginario que

permite el florecimiento de los otros dos. La economía es una invención histórica que se configura en las representaciones, en las formas de ver y de sentir, antes de ser activada en la circulación mercantil. La técnica es, qué duda cabe, una práctica, pero en su forma moderna siempre va acompañada de todo un imaginario del cual “el faro tecnológico” supone la parte más visible. La encarnación del progreso en la cotidianidad de la economía de crecimiento depende de su identificación simbólica con la técnica. Si aceptamos el penetrante análisis de Jacques Ellul, ésta constituye el medio indiscutible de la modernidad. Los conceptos de desarrollo y de crecimiento están también estrechamente vinculados a la visión progresista del mundo. En realidad, el progreso tiene que ver con todo lo que constituye la modernidad y, en el mundo moderno, todo tiene que ver con el progreso. Se trata de un sujeto/objeto ineludible.

Si el progreso está en el fundamento de la economía, la economía, a su vez, resulta necesaria para el establecimiento del progreso. Sin un sistema de mercado resulta imposible dar sentido a algo como el producto nacional bruto (PNB) per cápita, y sin un progreso del PNB, ¿cómo demostrar la mejora en la marcha de la humanidad? Todos los demás progresos son demasiado abstractos y ninguna mejora espiritual podría seducir a las personas a no ser que haga más cómodas sus vidas. Existe además una ética que modela la acción y promueve la invención y las

transformaciones. Esto, que era una mera “representación” durante el Renacimiento, no se convierte en “imaginario concreto” hasta la época contemporánea.

P: Continuando la reflexión sobre estas cuestiones y haciendo otra vez referencia a las palabras de Ivan Illich: “Es inevitable –decía– que la sociedad de consumo determine dos tipos de esclavos. Los intoxicados y los que aspiran a serlo, es decir los iniciados y los neófitos. Es muy probable que sea porque no se les da otra alternativa: fuera del círculo de desarrollo existe sólo privación y miseria”. Esta idea también está respaldada por la creencia de que el progreso es sinónimo de bienestar y seguridad. En este sentido, nos damos cuenta de que las ideas de progreso y desarrollo están vinculadas y dependen del imaginario creado *ad hoc* por el mundo occidental, es decir, de su pensamiento único. ¿No es peligroso este modelo para los países del sur del mundo?

R: Es peligroso en la medida en que destruye la esfera vernácula que aseguraba, mejor o peor, la supervivencia, ciertamente frugal pero digna, de una mayoría de pobres, sustituyéndola por la miseria, por la pobreza modernizada que plantea Illich, que afecta más o menos a la mitad de la humanidad (mil millones y medio de personas que viven con menos de un dólar al día, además de otros dos mil millones con menos de dos dólares).

P: En este sentido, y en relación con lo que llevamos diciendo, no es exagerado afirmar que cada individuo está fuertemente ligado a los engranajes del sistema: disociarse, retirarse, desertar, es casi imposible. Estamos presos y somos víctimas de fuertes condicionamientos sociales y culturales, y las alternativas no parecen ser viables. ¿Cómo se puede descolonizar, desintoxicar este imaginario que no nos permite resistir y luchar así por las utopías de sociedades distintas?

R: El gran desafío consiste en romper los círculos, que son también cadenas, para salir del laberinto (como diría Castoriadis) que nos mantiene prisioneros. La realización de la sociedad del decrecimiento podría ciertamente lograr la descolonización de nuestro imaginario, pero dicha descolonización resulta un requisito previo para construirla. Los propios educadores deben desintoxicarse ellos mismos para poder transmitir unas enseñanzas no tóxicas. La ruptura de las cadenas de la droga no resulta fácil cuando a los traficantes (en este caso, la nebulosa de corporaciones transnacionales y los poderes políticos a su servicio) les interesa mantenernos esclavizados. Aún así, lo más probable es que nos veamos incitados a llevar a cabo dicha ruptura debido a la saludable sacudida de la necesidad. La educación que necesitamos se parece a una cura de desintoxicación, a una verdadera terapia. Marcel Mauss concebía las experiencias alternativas o disidentes (cooperativas, aso-

ciaciones, sindicatos) como laboratorios pedagógicos para construir al “nuevo ser humano” necesario para el otro mundo posible. La gama de experiencias se ha ampliado hoy en día con ciertas ONG (organizaciones no gubernamentales), con las asociaciones por el mantenimiento de la cultura campesina (AMAP, en sus siglas en francés), los sistemas de intercambios locales (SELS), las redes de intercambios recíprocos de saberes (RERS), etc. Estas universidades populares tienen ese objetivo: promover la resistencia y descolonizar el imaginario. Forman parte de la democracia creativa de John Dewey, que pretende incorporar la educación a la práctica democrática. No queda, ciertamente, demasiado tiempo, pero las cosas pueden ir muy deprisa al calor de los acontecimientos. La crisis ecológica y la crisis financiera y económica que estamos viviendo podrían constituir esa saludable sacudida.

P: Retomando esta última afirmación, lo cierto es que en la actualidad estamos experimentando una grave crisis de los sistemas financieros y una creciente crisis de naturaleza socioecológica. Así que la pregunta es: dentro del modelo actual, ¿es realmente posible el decrecimiento? ¿No cree que justo ahora existe el peligro de confundir una propuesta de decrecimiento con el espectro de una recesión económica? Una confusión que podría resultar muy peligrosa...

R: No es raro escuchar o leer de la pluma de periodistas planteamientos como: “¿Decrecimiento?, ya estamos en él”,²⁵ añadiendo que no es precisamente una situación divertida ni serena como afirmamos los partidarios del decrecimiento. Supone evidentemente una ignorancia total del proyecto de sociedad autónoma y sobria que preconizamos los “objetores al crecimiento”. Optar por el decrecimiento no es lo mismo que sufrir un decrecimiento. El proyecto de una sociedad del decrecimiento es radicalmente diferente al crecimiento negativo, es decir, al que conocemos en la actualidad. El primero es comparable a una cura de adelgazamiento realizada voluntariamente para mejorar nuestro bienestar personal cuando el hiperconsumismo nos amenaza con la obesidad. El segundo es lo más parecido a que nos pongan a régimen forzado hasta el punto de matarnos de hambre. Lo hemos dicho y repetido hasta la saciedad: no hay nada peor que una sociedad del crecimiento sin crecimiento. Se sabe perfectamente que una simple desaceleración del crecimiento hunde a nuestras sociedades en el desconcierto, el paro, la ampliación de las diferencias entre ricos y pobres, la reducción de la capacidad de compra de los más necesitados y el abandono de los programas sociales, sanitarios, educativos, culturales y ambientales que aseguran un mínimo de calidad de vida. ¡Imaginémonos pues la catástrofe que puede suponer que se llegue a tasas de

25 Por ejemplo, Pierre-Antoine Delhommais en su crónica del periódico *Le Monde* del domingo 23 y del lunes 24 de noviembre de 2008.

crecimiento negativo! Esta regresión social y civilizatoria es precisamente lo que nos amenaza si no cambiamos nuestra trayectoria.

P: Los conceptos de crecimiento cero, estado estacionario, etc. ¿Pueden considerarse como las raíces teóricas del paradigma del decrecimiento?

R: No realmente, aunque hallemos en John Stuart Mill un planteamiento del estado estacionario que recuerda al proyecto del decrecimiento, así como numerosos puntos comunes de éste con los informes del Club de Roma y su concepto de crecimiento cero. La diferencia es que, en ambos casos, se trata de un decrecimiento forzado dentro del mismo sistema en vez de una opción civilizatoria alternativa.

P: En la óptica de profundizar un poco más en este tema del decrecimiento, me gustaría abrir un pequeño paréntesis y preguntarle sobre un tema al que Vd. mismo hizo una breve referencia en una de sus respuestas y que me parece que domina en gran medida los debates, por lo menos dentro de círculos de economistas interesados por el tema del decrecimiento, la economía ecológica, los límites biogeofisicos, etc. Es decir, muchos estudiosos ven

en Nicholas Georgescu–Roegen y en su bio–economía los gérmenes de las ideas del decrecimiento. Sin embargo, otros dicen que la única pretensión del autor rumano fue la de analizar los fundamentos termodinámicos y biológicos del proceso económico, a fin de evidenciar los límites que imponen las leyes naturales al proceso de crecimiento económico. En otras palabras, ¿esto significa que en Georgescu–Roegen no había ningún afán normativo por realizar una teoría del decrecimiento? ¿Qué piensa usted al respecto?

R: El proyecto del decrecimiento tiene una doble filiación, y cada una de sus raíces cuenta con una larga trayectoria. Procede, por un lado, de la toma de conciencia de la crisis ecológica y, por el otro, del hilo de la crítica a la tecnología y al desarrollo. Si la intuición sobre los límites del crecimiento económico se remonta indudablemente a Malthus pero no halla su fundamento científico hasta las aportaciones de Lazare Carnot y su segunda ley de la termodinámica, fue sin embargo en los años setenta cuando la cuestión ecológica en el seno de la economía fue teorizada por el gran investigador y economista rumano Nicolas Georgescu Roegen y popularizada por el primer informe del Club de Roma que denuncia los límites del crecimiento. También en los setenta, el fracaso del desarrollo en el Sur, y la pérdida de referencias en el Norte, condujeron a varios pensadores, tras la estela de Ivan Illich y de Jacques Ellul, a cuestionar la sociedad de consumo y sus bases imaginarias: el progreso,

la ciencia y la técnica. Nicolas Georgescu Roegen no se identificaba con esta última tendencia, pues pretendía ser economista y científico.

P: Parafraseando un poco lo que vamos diciendo en esta entrevista, el hipercinetismo es el mal moderno de un modelo esquizofrénicamente productivista. En relación con todo esto, ¿cuál es el tiempo del decrecimiento? ¿Tenemos tiempo para el decrecimiento?

R: Ya es hora de deshacernos de la obsesión por la velocidad y de partir a la reconquista del tiempo, y por lo tanto, de nuestras vidas. ¡El hundimiento se acerca peligrosamente, por lo que ha llegado el momento del decrecimiento! La sociedad de la sobriedad elegida que emergerá del mismo conllevará otro tipo de relaciones con el tiempo. Ya no seremos prisioneros de la concepción temporal, única y lineal que ha dominado a Occidente desde por lo menos el Renacimiento. Recuperar una relación sana con el tiempo consiste sencillamente en volver a aprender a vivir en el mundo. Conduce, por lo tanto, a liberarse de la adicción al trabajo para volver a disfrutar de la lentitud, redescubrir los sabores vitales relacionados con la tierra, la proximidad y el prójimo. No se trata tanto de regresar a un pasado mítico perdido como de inventar una tradición renovada.

P: Decrecimiento o barbarie. ¿Qué hay en esta irreverente provocación?

R: Desgraciadamente ni la crisis económica y financiera ni el agotamiento del petróleo suponen forzosamente el final del capitalismo, ni siquiera de la sociedad del crecimiento. El decrecimiento tan sólo resulta planteable en una “sociedad del decrecimiento”, es decir, en el marco de un sistema que se base en otra lógica. La alternativa es por lo tanto, en efecto: ¡decrecimiento o barbarie! La economía capitalista podría seguir funcionando en una situación de enorme escasez de recursos naturales, de cambio climático y de hundimiento de la biodiversidad, etc. En esto tienen razón los defensores del desarrollo sostenible, del “crecimiento verde” y del capitalismo inmaterial. Las empresas (por lo menos, algunas de ellas) podrían seguir creciendo y ver cómo se incrementan sus cifras de negocios mientras hambrunas, pandemias y guerras exterminan a nueve décimas partes de la humanidad. Los recursos, cada vez más escasos, aumentarían desproporcionadamente de valor. La escasez de petróleo no menoscaba la salud de la compañías petroleras, bien al contrario. Si no ocurre lo mismo con la pesca es debido a la existencia de productos sustitutivos del pescado, cuyo precio no puede pues incrementarse en proporción a su escasez en un mercado competitivo. En una economía de escasez, el consumo disminuiría mientras que el valor de los productos continuaría aumentando. El

capitalismo recuperaría su lógica original: crecer a expensas de la sociedad. Sería la barbarie.

P: Efectivamente, la razón de la hegemonía social y cultural capitalista dice que la satisfacción de nuestras necesidades y nuestros deseos pasa por la posesión y el uso de bienes y servicios que nos proporciona el mercado. Según el imaginario colectivo, entonces, hay una correspondencia directa entre la “riqueza” y “la felicidad”, la abundancia y el bienestar, etc. Parece existir como una mágica equivalencia: nivel de la renta–consumo–felicidad. ¿Entonces, el decrecimiento nos llevará a la infelicidad?

R: La sociedad de la economía del crecimiento y del bienestar no produce desde luego la mayor felicidad al mayor número de personas. Se basa en la programación de la caducidad, tanto para las mercancías –que la aceleración del “usar y tirar” transforma rápidamente en desperdicios–, como para las personas –excluidas o de “usar y despedir”, desde el ejecutivo o el *manager* desechables hasta los parados, desahuciados, indigentes y otros residuos sociales. La teología utilizaba una hermosa expresión para nombrar la situación de los que habían perdido la gracia: el desamparo. El italiano, por ejemplo, aún muy religioso, hace un uso cotidiano laicizado de la misma: los *disgraziati* (desafortunados). La economía de crecimiento funciona mediante el desamparo y multiplica los *disgraziati*. En una

sociedad de crecimiento, los que no son ganadores, los que no avasallan, son todos excluidos en mayor o menor medida. El decrecimiento, al igual que promueve el reciclaje de desechos materiales, también debe interesarse por la rehabilitación de los excluidos. Y si el mejor reciclaje consiste en desechar menos, la mejor forma de rehabilitación social consiste en evitar la exclusión.

P: ¿El proyecto sería encaminarse hacia la que Ivan Illich llamaba “la economía convivial”?

R: Absolutamente. Por supuesto, como toda sociedad humana, una sociedad de decrecimiento deberá organizar la producción y para ello, utilizar razonablemente los recursos de su entorno y consumirlos transformándolos en bienes materiales y en servicios, pero un poco como en esas sociedades de la abundancia de la edad de piedra, descritas por Marshall Salhins, que nunca llegaron a caer en el economicismo.²⁶ Esta nueva sociedad no estará encorsetada por la escasez, las necesidades, el cálculo económico ni el *homo œconomicus*. Estas bases imaginarias de la institución económica deben ser cuestionadas. El retorno a la frugalidad permitirá reconstruir una sociedad de abundancia sobre la base de lo que Ivan Illich llamaba “subsistencia

26 Salhins, Marshall, *Age de pierre, âge d'abondance. L'économie des sociétés primitives* (1972), Gallimard, 1976. Versión castellana : *Economía de la Edad de Piedra*, Akal Universitaria, Madrid, 1983.

moderna”. Es decir, “el modo de vida en una economía post-industrial en el seno de la cual las personas han logrado reducir su dependencia con respecto al mercado, garantizando –por medios políticos– una infraestructura en la cual las técnicas y los instrumentos sirven, en primer lugar, para crear valores de uso no cuantificados ni cuantificables por los fabricantes profesionales de necesidades”.²⁷

P: Todo esto que estamos debatiendo, nos confirma que el decrecimiento es algo más que un lema provocativo. Es y debe ser, sobre todo, un proyecto político. ¿Cuáles son sus puntos esenciales? ¿Es un proyecto de ecosocialismo? Si es así, es fácil ver por qué “eco”. Me gustaría preguntarle, ¿por qué socialista?

R: Que el decrecimiento es un proyecto político de izquierdas constituye para mí una evidencia porque se fundamenta en una crítica radical a la sociedad de consumo, al liberalismo y retoma la inspiración original del socialismo.

1) Como crítica radical de la sociedad de consumo, del desarrollo o del desarrollismo, se convierte en una crítica inmediata del capitalismo. El crecimiento no es sino el apelativo “vulgar” de lo que Marx analizó como acumulación ilimitada del capital, fuente de todas las contradicciones e injusticias del capitalismo. Puesto que el crecimiento y el

27 Ivan Illich, *Le chômage créateur*, Le Seuil, 1977, p. 87–88.

desarrollo son respectivamente crecimiento de la acumulación del capital y desarrollo del capitalismo, por lo tanto, explotación de la fuerza de trabajo y destrucción ilimitada de la naturaleza, el decrecimiento no puede ser sino un decrecimiento de la acumulación, del capitalismo, de la explotación y de la depredación. No se trata tanto de ralentizar la acumulación como de cuestionar el concepto mismo para invertir el proceso destructor.

2) El decrecimiento también es, evidentemente, una crítica radical del liberalismo, entendido como el conjunto de valores que subyacen a la sociedad de consumo.

El proyecto político de la utopía concreta del decrecimiento consiste en “las ocho R”: Reevaluar, Reconceptualizar, Reestructurar, Relocalizar, Redistribuir, Reducir, Reutilizar y Reciclar; tres de las cuales, reevaluar, reestructurar y redistribuir, actualizan especialmente esta crítica. La reestructuración, sobre todo, plantea la cuestión concreta de la superación del capitalismo y de la reconversión del aparato productivo que debe adaptarse al cambio de paradigma. El decrecimiento está forzosamente enfrentado al capitalismo. No tanto por la denuncia de sus contradicciones y límites ecológicos y sociales, como sobre todo por su cuestionamiento del “espíritu del capitalismo” en el sentido propuesto por Max Weber, que lo considera condición para su realización.

Por redistribución entendemos el reparto de las riquezas y

del acceso al patrimonio natural, tanto entre el Norte y el Sur como dentro de cada sociedad. El reparto de la riqueza es la solución más sencilla para el problema social. Puesto que el reparto es el valor ético cardinal de la izquierda, el modo de producción capitalista, basado en la desigualdad de acceso a los medios de producción y generador de desigualdades crecientes, debe ser abolido.

3) El decrecimiento, en fin, es un proyecto arraigado en la izquierda porque retoma la inspiración original del socialismo, al que se ha calificado, no sin ambigüedades, de utópico. El decrecimiento recupera de la mano de sus inspiradores, Jacques Ellul e Ivan Illich, la fuerte crítica de los precursores del socialismo contra la industrialización. Una relectura de pensadores como William Morris, incluso una reevaluación de los ludditas, aportan sentido a una visión ecológica del socialismo como ha sido desarrollada por André Gorz.

Hemos llegado al final de esta entrevista y me gustaría lanzarle dos preguntas provocativas, que puedan dejar abierto el debate a una posible continuación futura.

P: Durante mucho tiempo, especialmente dentro de la tradición política de la izquierda, se pensaba que era suficiente cambiar “el modelo y el control de la máquina”, los dispositivos del poder (político), para reorientar el

sistema en términos socialmente útiles. Esta es un poco la idea que dirige los planes de matriz reformista. Frente a este modelo, existe una tendencia, una lógica opuesta que quiere llegar a formas de autogobierno, el arte de “no queremos el poder, porque creemos que las cosas sólo se cambian desde abajo”, parafraseando el pensamiento del subcomandante Marcos. Para un proyecto de decrecimiento, ¿es necesario escapar de las ilusiones tecnocráticas e intervencionistas? En otras palabras, ¿sólo una fuerza que viene de abajo es realmente capaz de promover un proyecto de cambio? O, al contrario, ¿de lo que se trata es construir convenientemente una dialéctica entre los dos niveles?

R: No conviene excluir ningún nivel de actuación, pero en nuestros países, ciertamente, los cambios desde abajo son mucho más prometedores. Institucionalizar prematuramente el programa del decrecimiento a través de un partido político, por ejemplo, nos expondría a caer en la trampa de la “política profesional”, que determina el abandono por parte de los actores políticos de la realidad social y los encierra en el juego político, mientras las condiciones aún no están maduras para pretender poner en marcha la construcción de una sociedad del decrecimiento, y resulta más que dudoso que ésta pueda inscribirse con eficacia en el marco ya superado del Estado-nación (y menos aún, en el marco de la Europa de los 27). La política profesional, en efecto, tiene poca mano hoy en día con

respecto a las realidades que hay que cambiar y conviene ser prudente con la forma de utilizarla. En el mejor de los casos, los gobiernos tan sólo pueden frenar, ralentizar, suavizar unos procesos que ya no controlan, si es que desean ir a contracorriente. Existe una especie de “cosmocracia” mundial que, sin explicitarlo, vacía a la política de su sustancia e impone su voluntad. Todos los gobiernos son, lo quieran o no, funcionarios del capital. Y los políticos, incluso si están en la oposición, no pueden escapar a las trampas de la política–espectáculo, o bien a la seducción de una profesionalización generosamente retribuida. Esto no es sin duda ajeno a la descomposición tan desoladora como nociva de los partidos socialistas, pero también de los verdes y de la extrema izquierda. Me refiero a los chanchullos, a los duelos de ego, a las rencillas de ambiciones sórdidas entre políticos con sus depuraciones a golpe de falso rigor ideológico, sin llegar nunca a plantear claramente la cuestión del rechazo al productivismo. El trabajo de auto-transformación profunda de la sociedad y de los ciudadanos nos parece más importante que los ciclos electorales. Esto no significa que preconicemos la abstención ni que rechacemos la elaboración de propuestas concretas. Sin embargo, consideramos más importante influir en los debates, tirar de las posturas de unos y otros, lograr que se tomen en consideración ciertos argumentos, contribuyendo así a la modificación de las mentalidades. Tal es hoy en día nuestra misión y nuestra ambición.

P: Hoy en día, se empieza a hablar de decrecimiento también en contextos estrechamente marxistas, donde los conceptos de desarrollo, crecimiento y progreso han ocupado el debate político e ideológico por mucho tiempo. ¿Se trata de una impresión errónea que este proyecto de decrecimiento, por lo menos en los términos de revolución cultural, está penetrando en estos ambientes? ¿Qué se está moviendo en esta dirección?

R: No, no es falso. Pero sin embargo, penetra muy lentamente, por la fuerza de las cosas.